Margarita Sara Pease Cruz

El papel de la poesía dentro del mundo azteca*

Desde que nace el hombre lleva ritmo dentro de sí. Y cuando nace el lenguaje y adquiere con el tiempo un ritmo interno además del externo, nace la poesía: el hombre se pone en contacto con la naturaleza que lo hiere en su estructura anímica, trata de verterla en palabras y las combina de acuerdo a una armonía intuitiva, guiado por su sensibilidad.

Ya que el ritmo es parte integrante del organismo humano, el hombre se inclina por él de manera instintiva. Con la necesidad de proyectarse en el mundo circundante –necesidad que surgió tal vez porque el hombre consideraba sus instrumentos como parte suya y tendía a humanizarlos– viene la transferencia del ritmo interno del hombre hacia el exterior, que trata de convertir a su imagen y semejanza, humanizándolo. Entonces ya está capacitado para crear objetos artísticos.

Con la complejidad de una cultura, la creación artística se va complicando, paralelamente. El hombre mismo se ha complicado y busca la razón de fenómenos espontáneos. A medida que adquiere conciencia, va buscando explicaciones, para que tengan sentido las cosas. De pronto lo azotan las preguntas: ¿Quién puso al hombre aquí? ¿Para qué fue creado? ¿Puede el hombre hacer algo por sí mismo? Cada cultura ofrecerá su propia respuesta, y de ésta depende su posición ante la vida.

Para los pueblos indígenas de la Altiplanicie, la respuesta fue: los dioses. Toda su vida, toda su filosofía, gira alrededor de su religión inconmovible, en la que, como en otras mitologías indígenas, luchan constantemente el poder creador de vida y el destructor.[1] Esta religión regía todos los actos vitales de los mexicanos, y, como muestra A. Caso, aun "aquellas actividades que nos parecen a nosotros más ajenas al sentido religioso".[2] Debemos pues buscar en la religión azteca la fundamentación del carácter del pueblo y de sus creaciones.

No es necesario recalcar que los nahuas cultivaron las artes principales: música, danza, escultura, pintura y literatura. Al intentar dar una explicación sobre la misión de la poesía, lo haré, obviamente, basándome en testimonios literarios; pero por extensión se podrán aplicar los conceptos generales a las demás actividades artísticas.

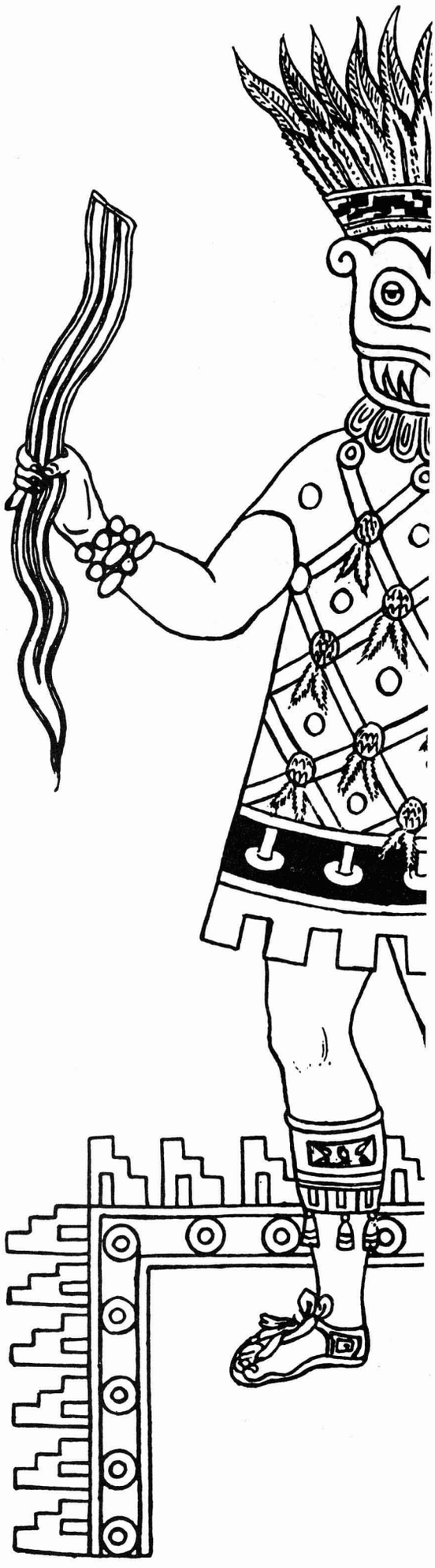
Vayamos primeramente a comprender las respuestas básicas en torno a las cuales giraba el hombre. Si podemos inferir la misión del hombre mismo, será mucho más fácil explicarnos el papel de la creación humana.

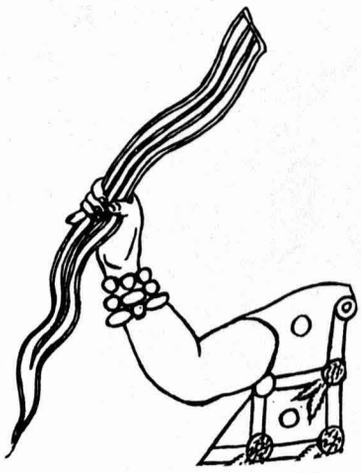
La teogonía azteca sostenía que el universo ha sido creado cuatro veces. Cada una de ellas había terminado con un cataclismo que había destrozado todo lo existente. Y en cada uno de estos Soles la creación divina había sido diferente de la vez anterior, no un eterno retorno. Cada vez había existido una nueva humanidad, mejor que la anterior y que nada tenía en común con ella. Después del aniquilamiento catastrófico de la cuarta edad, surgió el quinto Sol, al igual que la Luna, de su propio sacrificio. Y para que fuera posible la vida en el universo, los demás dioses se sacrificaron también, voluntariamente, para que el Sol se moviera.[3] Este nuevo mundo no era estable tampoco, no tenía por qué serlo; duraría lo que los dioses quisieran. El calendario señalaba periódicamente el día 4 Movimiento, y en esa fecha peligraba la existencia cósmica. Entonces "se apagaba el fuego para esperar el acabamiento del sol. Y cuando éste... se evitaba,... renacía la débil esperanza de durar un poco todavía".[4] A cada paso temía el hombre ver llegar la destrucción total, y vivía aterrorizado siempre. La única manera de retardar la catástrofe era tratar de mantener contentos a los dioses. El hombre estaba obligado a retribuir el sacrificio divino con su propio sacrificio. Los dioses exigían como alimento la "sustancia mágica, la vida que se encuentra en la sangre y en el corazón humano".[5] El Sol, numen fundamental, tenía que luchar cada día, al atardecer, para ser vencido y volver a renacer al día siguiente. Si se debilitaba, si desmayaba, tal vez no saldría más, y el mundo caería nuevamente en la nada. El hombre se sentía pues responsable de evitarlo. Mientras más "chalchiuatl" caliente se ofreciera en las aras, mientras más abundante más arrogante luciría el Sol en batalla, y pelearía con más vigor para librar al hombre de la noche eterna.

Así, la única manera de conservar la vida es a través de la muerte. Para que viva la colectividad, el individuo se entregará sin resistencia. De aquí el estoicismo indígena y su tristeza característica. Tal vez el individuo ayude un poco; pero esto no quiere decir que con ello se haga estable el mundo. No: "Bien sabido tenemos que hemos de perecer/ nosotros los hombres: tú Dador de la vida nos lo aseguras".[6] "La idea es terrible, y muchas veces desespera el poeta ante la fatalidad inevitable de tener que perecer algún día. Pero no es su propia muerte la que teme: es la muerte total, el aniquilamiento que haga en un momento que todo sacrificio haya sido vano. Lo angustiante es saber que uno se está sacrificando para prolongar un poco la existencia, pero que en el momento de la destrucción, todo esfuerzo no va a ser sino un rasgo patético que realce más la grotesca pequeñez del hombre. Así, tal vez "sólo en vano vivirán las flores en los jardines de rojas/nutridoras flores";[7] pero "ea, vivamos, pues quizá sólo hemos venido a saber que iremos a su casa (del dios)", porque "¡Ojalá se viviera siempre, ojalá nunca hubiera uno de morir!" El tema de la fugacidad de la vida (cósmica), de la transitoriedad e inutilidad de todo lo creado es constante en toda obra artística mexica. Se teme que nada sea verdad, que todo sea un engaño, un sueño que, después de todo, no servirá para nada. Así, ya que "al fin todo habrá que desaparecer; hasta las piedras y metales preciosos",[8] el "breve instante"[9] que permanecemos aquí "en verdad apenas vivimos, amargados por la tristeza".[10]

La guerra, lejos de ser un medio para conseguir la paz, es

* Traducción de Beth Miller





buscada perpetuamente. Los muertos en guerra se sacrifican para servir al dios, y los vencidos son tomados prisioneros para ser ofrecidos en el templo. Parece el campo de batalla, siguiendo la imagen de Bonifaz, "un gran mercado" en el que se compra el alimento divino (víctimas) por el precio de la vida de los guerreros.[11]

Por otra parte, ya que a los dioses mismos luchan constantemente (Sol y Luna como ejemplo perpetuo), son ellos los que han enseñado a los hombres a pelear. En su afán de trascender, llega el hombre a ser en la guerra (y en la muerte en guerra) una posibilidad de encontrar a los dioses, ya sea entregándose así a ellos o pareciéndoseles, al luchar como ellos. Buscan la muerte florida, que es pues un regalo de los dioses, puesto que les da esta posibilidad. El sacrificado adquiere una característica divina: "Cuando se cogen cautivos con qué propiciar al que está en el cielo,/ el príncipe... les da en don el abrirse de las flores, y les embriaga con el rocío de las flores vivientes".[12] El individuo, en busca siempre de que algo de lo que haga sea verdadero, permanente, cree encontrarlo llegando a los dioses de ese modo: "Yo ansío la muerte al filo de obsidiana./ Sólo quieren nuestros corazones la muerte de guerra",[13] que es "dicha y riqueza de los príncipes".[14]

Ahora bien: aparte del don dado al hombre de imitar a los dioses en la guerra y contribuir así a prolongar un poco más el préstamo de vida al cosmos, el hombre tiene una capacidad que lo identifica aún más con la divinidad: la capacidad de creación. La guerra ha sido, es verdad, enseñada por los dioses, y al guerrero se le otorga algo divino; pero la poesía ha sido dada, regalada, gratuitamente, a los elegidos. "Desde el interior del cielo vienen acá las bellas flores y los bellos cantos",[15] han llovido en el momento en que "el pájaro cascabel, símbolo del Dador de vida, aparece cantando".[16] Y ha sido dicho al poeta: "Si te mostramos aquí las flores, oh poeta, será para que con ellas agasajes a los príncipes, que son nuestros semejantes". ¿Es entonces que la única posibilidad de creación verdaderamente humana, la que pone al hombre en contacto directo con la divinidad, pues proviene en último término de ella, sólo sirve para consolar a los príncipes? ¿Es posible que los dioses generalmente crueles, que parecen considerar al hombre tan sólo como un juguete creado al azar, para alimentarlos mientras tengan ganas de que siga existiendo, quieran darle un contrapeso que los alegre en su tristeza? ¿Y aún si fuera así, bastarían las palabras para hacerle olvidar el terror omnipresente de la amenaza cósmica?

No; y sin embargo. La poesía es algo divino en manos de los hombres, que le dan forma "del mismo modo (que) forjo yo el oro".[17] En tal caso, y siendo que lo único que sobrevive a la destrucción es lo divino, la poesía, siéndolo, tal vez fue otorgada a la humanidad para que ahora sí quede un recuerdo de ella: "¡Al

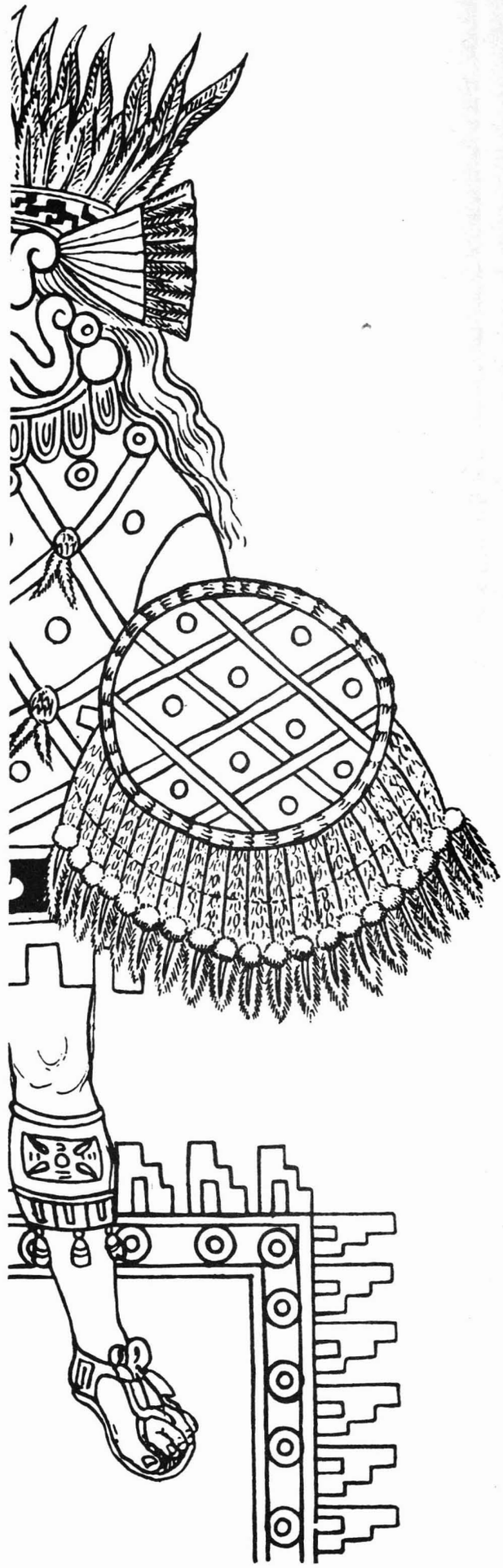
menos flores! / ¡Al menos cantos! "[18] Pero la paga es, sin duda, muy cara: "El bello canto y las bellas flores:/ el precio es su pecho ensangrentado/ que aviva y hace florecer la guerra florida."[19]

Y la poesía, ¿sirve de algo ahora, en la vida prestada, para los hombres, o es sólo una esperanza individual de trascender? La poesía es comunicación, y ésta permite establecer lazos de amistad entre los hombres; los reúne para transmitirles algo. No es para una amistad individual, sin embargo. Al igual que su visión de la muerte, la idea mexicana de la amistad se refiere más que nada a la amistad total, colectiva, que solidariza a los integrantes del pueblo y los reúne en torno a lo divino. Así se llega a cumplir la gran cualidad humana, que les otorga además la resistencia, el vigor y el consuelo necesarios para soportar el destino desolador. Para este mundo, "la ley es que se cante:/ ley de hermandad".[20] A través del canto saben los amigos de la sinceridad de sus sentimientos, y tiene que ser así, puesto que surgen de algo divino, y por tanto, no cabe hipocresía alguna: "Oíd el sueño de una palabra:/ . . .sabemos que son verdaderos los corazones de nuestros amigos".[21] Es verdadera la relación entre los hombres como es verdadera la poesía, y como lo es la divinidad. En el hombre hay pues algo estable, algo que surge de la poesía y lo lleva a la fraternidad. Todavía más: en la estructura de la sociedad humana, en donde los humanos se reúnen, como consecuencia última de la amistad, para afrontar conjuntamente las responsabilidades ante lo divino, aparece algo verdadero en su base, algo divino, la poesía. Es entonces la fundadora de ciudades, "cimiento irremplazable":[22] "se dice que así principiaban las ciudades: existía en ellas la música."[23]

Quisiera el hombre permanecer así, amigo, envuelto en poesía. Tal vez así la poesía, que forma parte del hombre, lo transforme dando lugar al fenómeno inverso: que el hombre forme parte de la poesía y pueda de ese modo tener una esperanza de participar en lo permanente: "Amigo mío, amigo mío,/ sin duda verdadero amigo, por mandato del dios nos amamos:/ ojalá pereciéramos embriagados por nuestras flores."[24]

De cualquier modo, la poesía da, efectivamente, una luz de optimismo al ser humano. Si la poesía es algo divino, y la amistad surge la poesía, "es verdad que nos hacemos amigos (y siendo nuestra relación permanente), es verdad que se vive en la tierra". Eso es lo que desearía saber, a ciencia cierta, el nahua, Infiere también, en su ansía de comprobar esto, que si los hombres no son verdad, y ya que ellos son los que forjan la poesía, "ya no es verdadero nuestro canto".[25] Y el azteca sostiene que el canto evidentemente tiene que ser cierto, y espera que su dedúcción también lo sea.

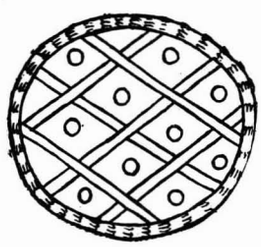
Base para la creencia de que la poesía es, efectivamente, y sin duda alguna, algo divino, es, primeramente, que proviene de los



dioses; pero también que habla de ellos. Por eso reúne a los hombres. La misión de la poesía es aclarar el misterio divino, interpretar las claves rotas para el hombre vulgar. Hay tantas cosas en el universo que necesitan explicación. El poeta no puede llegar tampoco a comprenderlas, pero se transforma de pronto en un vidente y da a los demás verdaderas revelaciones, aunque simbólicamente. El dios no se muestra nunca tal como es, y así, lo que hable de él lo hará por medio de "palabras disfrazadas" (nahualtlotolli).[26] Para poder hacerlo, el poeta "luchará por introducir a la divinidad en su propio corazón, hasta transformarse luego en corazón endiosado, capaz de enseñar a mentir a las cosas, introduciendo en ellas el mensaje de la divinidad".[27] Por eso su poesía es metafórica (así mienten las cosas), porque sólo a través de imágenes y símiles puede dar a entender lo que ni él mismo comprende. Al ver venir un momento de inspiración, llegan las palabras a su mente y el cantor se pregunta: "¿Son acaso tu corazón, Dador de vida? "[28]

Si la poesía proviene, pues, de los dioses, no se queda ahí: tiene el don de participar a los hombres, aunque oscuramente, la verdad de los dioses. Da con ello una base verdadera a la comunidad humana, una base divina, que hace posible la amistad. Pero tampoco finaliza ahí su misión. El hombre nunca termina de aclarar el significado total de la poesía, por su naturaleza metafórica. Siempre hay algo que trasciende que es la poesía misma, y ésta vuelve, con su prístina pureza, a los dioses, a su propio origen. Es verdad que el poeta da forma a la intuición que le ha sido concedida: y por ello, porque a pesar de su naturaleza divina conserva la poesía su condición de creación humana, es lo más alto que el hombre puede ofrecer a sus formadores. Se cierra así el círculo, si enfocamos a la poesía como el sacrificio de lo mejor que el hombre puede aspirar a poseer, como la ofrenda de lo único verdadero que puede salir de sus manos. La poesía es hija de los dioses, forma parte de las estructuras humanas, habla de la verdad trascendente y regresa a ella. Tal vez por eso se le llama igual que a los sacrificados: los poemas también son flores, pero flores más preciosas todavía.[29] Las flores son "por una parte, el canto... que se deshoja, y por la otra, el corazón humeante de la víctima que se ofrece al ara".[30] "El guerrero daba flores de corazones; el que no era para la guerra..., daba cantos."[31] Al igual que cuando el Sol se mostraba satisfecho de haber recibido el licor florido, dice el poeta: "Es tu canto. Cuando tú lo elevas..., el Sol está alumbrando."

Si para el azteca todo parecía vano, si temía constantemente, viviendo con una ideología verdaderamente aterrorizante, pensando que tal vez "el Dador de la vida se burla;/ sólo un sueño perseguimos" al tratar de trascender, la respuesta está ya frente a nuestra vista: la poesía permanece. Como intermediaria entre el hombre y la divinidad, "quizá la acepte al Dador de vida, quizá es (por tanto) lo único verdadero en la tierra". De cualquier forma que se vea, la poesía no es sólo un sacrificio más valioso que el humano, sino la única manera de redención posible, y con ello, paradójicamente, lo que salva al hombre del mundo terrible del sacrificio constante. Tal vez por eso se construye de metá-foras, por que como la meta-física, llegaría más allá; y con esto la vida adquiere, finalmente, su sentido.



Notas

1 Cf. Picón-Salas, *De la conquista a la Independencia,* p. 25.
2 A. Caso, *La religión de los aztecas,* p. 55, cit. en A. Garibay, *Historia de la literatura náhuatl,* p. 107.
3 Cf. A. Garibay, *La literatura de los aztecas,* pp. 15-17
4 Rubén Bonifaz N., *Destino del Canto,* p. 16.
5 M. Picón Salas, *De la Conquista a la Independencia,* p. 30.
6 A. M. Garibay, *Poesía indígena de la altiplanicie,* p. 39.
7 *Ibidem,* p. 61.
8 Miguel León-Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares,* p. 120.
9 A. Garibay, *Poesía indígena,* p. 39.
10 M. León-Portilla, *op. cit.,* p. 132 ("Diálogo de la flor y el canto").
11 Cf. R. Bonifaz Nuño, *op. cit.,* p. 19-20.
12 A. Garibay, *op. cit.,* p. 62.
13 A. Garibay, *Poesía indígena,* p. 134.
14 A. Garibay, *La literatura de los aztecas,* p. 73.
15 A. Garibay, *Poesía indígena,* p. 65.
16 M. León-Portilla, *Los antiguos mexicanos,* ("Diálogo de la flor y el canto").
17 A. Garibay, *La literatura de los aztecas,* p. 55
18 *Ibidem,* p. 67.
19 A. Garibay, *La poesia indígena,* pp. 62-63.
20 *Ibidem,* p. 30.
21 A. Garibay, *La literatura de los aztecas,* p. 55.
22 R. Bonifaz N., *Destino del canto,* p. 31.
23 Cit., en *idem.*
24 A. Garibay, *Poesía indígena.*
25 León-Portilla, *Los antiguos mexicanos,* p. 121.
26 León-Portilla, *La filosofía náhuatl* estudiada en sus fuentes, pp. 143 y 144 y M. Picón Salas, *De la conquista,* pp. 15-36.
27 León-Portilla, *Los antiguos mexicanos,* p. 178.
28 *Cit. en* Ibidem, p. 139.
29 *Vid.* las líneas citadas en las notas 9 y 14.
30 A. Garibay, *Historia de la literatura náhuatl,* p. 99.
31 *Ibidem,* p. 177.